

CANDELA

REVIEW

RAINY 2023



silencio-grito-re/inspiración



Coeditoras: Eilyn Lombard/ Jamila Medina Ríos/ Roseli Rojo/ Vialcary Crisóstomo

Diseño y diagramación: Alejo Cañer

En cubierta: foto de Juan Carlos Rodríguez

En *Voyageuse de l'inexploré*: fotos de Juan Carlos Rodríguez

En interiores: imágenes de archivos de los autores

Logo: Azul

@cancan.delareview correo: candelareview@gmail.com

Consejo Editorial: Rey Andújar/ Sandra Álvarez/ Jossiana Arroyo/ Luis J. Beltrán Álvarez/ Odette Casamayor/ Mabel Cuesta/ Orlando Deavila/ Damian Deamici/ Kristin Dykstra/ Carlos Gardeazábal/ Elena González/ Guillermo Irizarry/ Agustín Lao/ Reynaldo Lastre/ Sophie M. Lavoie/ Jacqueline Loss/ Yarlenis Malfrán/ Margarita Mateo/ José Antonio Mazzotti/ Cristina Piña/ Justo Planas/ Rachel Price/ Aurora Santiago Ortiz/ Esther Whitfiel

Candela Review y su sitio web son financiados por Humanities Institute, y cuentan con el apoyo de El Instituto: Institute of Latina/o, Caribbean, and Latin American Studies, ambos de la Universidad de Connecticut.

Eu sou
mansa mas
minha
função de
viver é feroz

Coge aire: te
va a hacer falta
para llegar a callar
eso. Apoya los pies
sobre la tierra que existe
sobre la tierra que no
existe. Deshazte
de la vid que heredaste
por la parte de nadie.
Cúmplete al fondo
del agua pero
no como voz:
como azar,
como no,
como tú.

Hacia lo violento (2021)

Antonio Méndez Rubio

Los ruidos de La Habana (de un diario de viaje)

Ignacio Iriarte

iriartelignacio@gmail.com

24 de noviembre de 2022 – Las voces, los ruidos, la ciudad

Hace un tiempo viví tres meses en La Habana, cuando fui a realizar una investigación sobre diarios y revistas culturales desde mediados de los años 80 hasta el desmontaje del bloque soviético. No había ido nunca, aunque conocía muchas cosas de esa ciudad porque estudié varios aspectos de su literatura y cultura. Al llegar me sentí extraño: el primer impacto fue descubrir que lo que dicen de la decadencia es real. Enseguida detecté la basura que desborda los contenedores y en segundo plano, pero bien presente, el ruido. Escribí un diario en el que anoté muchas de estas cosas, y si bien no veo en qué podrían contribuir mis anotaciones sobre los muy transitados temas de las ruinas y la basura, me pareció que sería interesante agrupar algunas entradas sobre el sonido.

En La Habana, creo yo, hay dos grandes fuentes de emisión de sonido: los autos viejos y las personas, que hablan a los gritos, de vereda a vereda, de ventana a ventana, de esquina a esquina. El volumen es más alto que en Argentina, de donde provengo. José Lezama Lima lo notó en una crónica de 1950: “Las ciudades que levantan la voz están siempre cercanas a sus piedras fundadoras, a los días en que pulmones prepotentes y equinales dieron las órdenes de colocación de las primeras piedras” (693).

Como si en materia de ruidos no hubiera pasado el tiempo, lo que dice Lezama podría acomodarse en el paisaje deteriorado de La Habana de hoy.

Para recortar las entradas, repasé algo de la extensa bibliografía sobre el sonido y la escucha. En esos libros y artículos creo ver un campo conceptual en el que aparecen una perspectiva deliberadamente extrañada y antintuitiva de la voz, que proviene de la tesis de Jacques Lacan de la voz como objeto *a*, y otra que, sin dejar de presentar argumentos complejos, se mantiene más cerca de nuestras intuiciones, que es la que Roland Barthes propone en uno de los ensayos de *Lo obvio y lo obtuso*.

Para Lacan, la voz es algo separado, o al menos separable. En su manifestación más simple, esta dimensión se revela a través del mandato, esa forma de la voz que es el superyó y que usualmente se describe como “conciencia interior”. Podemos decir que se trata de la voz del dictador, por ejemplo la de *El gran dictador*, de Charles Chaplin, pero esta es solo una parte de

la verdad. Porque lo cierto es que para Lacan el mandato ha cambiado significativamente con el capitalismo: el poder ya no prohíbe, como el dictador tradicional, no reprime el goce, que era lo habitual, sino que, por el contrario, lo fomenta. La voz del superyó dice, desde todas partes, “¡goza!”. Está impresa en los carteles, las propagandas, la radio y las redes sociales y dice: hay que gozar de las vacaciones, hay que gozar de la Navidad, hay que gozar de los cumpleaños, de la familia, de tal o cual vino, de esta mercancía y aquella forma de la sexualidad.

En *La angustia*, Lacan propone varios argumentos que complejizan esta idea de la voz, señalando que se trata de algo que siempre proviene de afuera. El mandato, que es la voz del Otro (padre, madre, Dios), introduce el significante, pero la voz no se reduce a él. Hay algo en el grano de la voz que va más allá de la articulación. La lengua viene de afuera así como también la voz que está en condiciones de sostenerla. En otra línea, Lacan describe el oído como un tubo en el cual se ejecutan los sonidos exteriores, de modo que si bien los sonidos parecen provenir del exterior, son ejecutados por nuestro oído, porque toca las ondas que llegan a él de una determinada manera. En este contexto evoca un crustáceo que coloca en su oído unos granos de arena para lograr el equilibrio. Trasladado a lo que acabo de decir, la voz, la voz del Otro, que viene de afuera, es algo que incorporamos en nuestro oído, es lo que completa ese órgano, y eso es lo que hace que podamos escuchar el resto del mundo. Finalmente, Lacan señala que los niños, cuando empiezan a reconocerse en el espejo, monologan al irse a dormir, como si en ellos resonaran las voces del día y las volvieran a sacar por su boca.

Aunque la voz nos parece lo más propio que tenemos, desde esta perspectiva se vuelve algo extraño. Es la voz del mandato, es la voz que nos dio la palabra y nos orienta en el mundo audible, son las voces de los otros que rebotan en nuestra mente, es lo que sale de nuestra boca y no escuchamos desde afuera y es, finalmente, aquello que está determinado por el Otro, pues siempre le hablamos a un Otro, de modo que podemos decir que la voz proviene de ese lugar.

Frente a esta mirada extrañada sobre la voz, Barthes propone una indagación mucho más cercana a nuestra intuición. En “El acto de escuchar”, recopilado en *Lo obvio y lo obtuso*, sostiene que tanto los animales como los seres humanos establecemos una relación inicial entre territorio y sonoridad:

Para los mamíferos, su territorio está jalonado de ruidos y olores; para el hombre -fenómeno a menudo desestimado- también es sonora la apropiación del espacio: el espacio doméstico, el de la casa, el del piso (el equivalente aproximado del territorio animal) es el espacio de los ruidos familiares, *reconocibles*, y su conjunto forma una especie de sinfonía doméstica: los diferentes golpeteos de las puertas, las voces, los ruidos de cocina, de cañerías, los rumores exteriores (244).

Independientemente de que hoy en día este tipo de relaciones entre lo humano y lo no-humano se ha convertido en un problema en sí mismo, me interesa destacar que acá el sonido aparece como algo que está marcado por la disyuntiva entre lo propio y lo ajeno. Barthes capta esa inquietud que sentimos al caminar a la noche por una calle desconocida: somos animales al acecho de cualquier sonido que pueda tomarse como señal de alarma. Y esto significa también que solo podemos configurar un territorio y definir un espacio de identidad cuando reconocemos las voces y los sonidos que nos rodean, por eso su referencia a los sonidos del hogar.

Si la experiencia propia vale de algo, debería decir que en La Habana vivencí algo que puede tomarse en algún punto intermedio entre el enfoque extrañado y el enfoque que pone el énfasis en lo reconocible territorial. Supongo que se trata de algo que siente todo extranjero que se queda más de un mes en un país y evita los lugares turísticos, siempre inclinados a confirmar el sistema de prejuicios que uno trae consigo. Mi experiencia pasó de una voz constantemente extraña a un progresivo reconocimiento territorial. Resultaría esperable que eso se hubiera definido como una progresión: al principio extrañamiento, al final reconocimiento, pero lo cierto es que esas sensaciones nunca dejaron de fluctuar y alternarse, a pesar de que se suavizaron los extremos.

Mis sensaciones con el sonido empezaron antes de llegar a La Habana: en Buenos Aires, durante mi visita a la embajada para solicitar la visa. Ahí sentí por primera vez lo que pensé como un fantasma sonoro. Ese fantasma, que como todo fantasma recuerda nuestra muerte futura, me siguió durante todo el viaje, que por brevedad voy a recuperar a través de algunas entradas, empezando entonces por la de la embajada, que viene de antes, de cuando llegué a Buenos Aires, para luego tomar el avión a la capital cubana.

25 de abril – La embajada

Poco tiempo después de llegar a Buenos Aires, fui a la embajada cubana para tramitar la visa para entrar al país. Durante el viaje de ida y vuelta escuché *The Next Day*, de David Bowie. En la embajada me acerqué al timbre. Se trata de uno de esos portero-eléctricos que hacen el mismo sonido adentro y afuera, de modo que le avisan también al visitante que del otro lado están prontos a atender. El artefacto está encastrado en una mansión de tres plantas de estilo clásico que ocupa toda la esquina, imponente por las dimensiones gigantescas que suelen tener esos pequeños palacios levantados a principios del siglo pasado. Aun así, el timbre no desentona porque está disimulado. Lo que sí desentona es el sonido: por alguna razón (las pilas gastadas por ejemplo) la breve melodía sale descompuesta, aletargada, como disco de vinilo en frecuencia lenta, generando un efecto espectral.

Buena parte de la literatura cubana ama ese tipo de detalles. Antonio José Ponte creó toda una escuela que consiste en recolectar esos signos y darles un sentido. Lo que queda de la Revolución es ese espectro cansado, alterado por la falta de energías, se dirá. Pero es posible que esta necesidad interpretativa no sea una deformación de la literatura: tal vez esté causada por la misma política del gobierno, que busca que todo transmita un mensaje, de modo que cuando hay una pequeña falla es inevitable volverla una metonimia del país.

Al entrar a la embajada no encontré el sepulcro que anunciaba el timbre, pero estaba cerca. El *hall* central es amplísimo, con columnas y grandes baldosas de granito. Semejante espacio está desperdiciado al menos durante las actividades habituales. Hay unas 15 sillas acomodadas a distancia una de la otra que ocupan un octavo del salón, cerca de un pequeño mostrador que un almacén de importancia consideraría inapropiadamente chico. En las paredes lejanas se encuentran unos sofás de cuero pasados de moda, aunque cómodos, como pude comprobar al hundirme en uno de ellos, infringiendo la distribución de las personas, que obedientemente estaban sentadas en las sillas. En las paredes no faltaban José Martí, unas figuras de mártires que mi miopía impidió identificar y algunas reproducciones deslucidas. El trato de los cubanos me resultó seco y descortés.

Tuve que salir para usar el teléfono y al volver el guardia me dijo con palabras bruscas y apenas comprensibles que me sentara en las sillas, no en los sillones. Entonces quedé al lado del televisor, que pasaba un noticiero cubano dedicado enteramente al Covid. Hablaba un médico de tono cansino. Se trataba, por lo que pude deducir, de una eminencia en su país. El médico, la presentadora, la decoración, el ritmo y los textos no podían estar mejor combinados: eran aburridos, formados por colores primarios desteñidos, adormecidos. De vez en cuando la eminencia leía placas larguísimas llenas de texto y cada tanto se fundían con la periodista con palabras como “gracias a los esfuerzos de los médicos, los universitarios de tal lugar, el gobierno”, etc. Cuando terminaron de desgranar todos los pormenores que tiene la pandemia a nivel local y global, pasaron revista a las pandemias que nos van a joder en el futuro y examinaron todos los aprendizajes que logramos hacer en estos años de encierro. Finalmente, el programa terminó y dio lugar a una serie de propagandas sobre la asociación de huerteros, alguna otra promoción gubernamental y una canción sobre el 1º de mayo. Era una especie de salsa con trompeta, trombón, tumbadoras, bajo, un cantante con rastas y unas coristas. En el estribillo, la canción decía: “los cubanos trabajan y acá nadie se raja”.

Mientras esto ocurría en la pantalla, en el mostrador estaban cuchicheando el vigilante, uno que subía y bajaba, mostrando cierto rango superior (tenía derecho a las escaleras), otro que estaba sentado en el mismo sillón que usé yo y una mujer. O bien, no cuchicheaban: lanzaban palabras casi sin abrir la boca. Primero uno bajó el volumen del televisor desde el control remoto. Después se acercó el guardia y cambió la canción del 1º de mayo por una serie de propagandas de turismo de las diferentes regiones de Cuba.

Se volvió a reunir con su grupo y empezaron a comentar los videos cortos, de unos cuatro o cinco minutos. Ya no se veía el color deslucido y la escenografía descuidada del programa del Covid o del video del 1º de mayo, sino que todo era brillante y nuevo. Los videos mostraban hombres y mujeres en general jóvenes, siempre sonrientes, disfrutando de las delicias del turismo, con un ritmo de montaje rápido, en medio del mar y los peces de colores. El conjunto construía (no mostraba) lo que podría ser “la experiencia auténtica” de los pueblos y las ciudades cubanas. En un momento fugaz de uno de esos videos, la cámara hace foco en la remera de un joven que juega *ping pong*: es la clásica remera de la carita de Nirvana. El grupo de cubanos comentaba todo esto con satisfacción. Supongo que, como en el resto del planeta, los cubanos ven con felicidad el goce del cuerpo y la despreocupada sonrisa de los jóvenes y, por las mismas razones, se abruma cuando les cantan sobre la responsabilidad del individuo con lo colectivo durante el día del trabajador.

Cuando me fui con la visa aprobada sonó en mis auriculares el maravilloso “Where are we now?”, de *The Next Day*. La letra habla de un hombre mayor que va caminando por una calle, que se transforma en un tránsito hacia la muerte. El final es conmovedor: la batería cambia a una marcha que es también un latido, mientras Bowie dice, hablando de la vida al borde de la muerte: “As long as there’s sun/as long as there’s sun/ as long as there’s rain/ as long as there’s rain/ as long as there’s fire/ as long as there s fire/ as long as there s me/ as long as there’s you”. Luego la música se va apagando como si remarcara el significado de la letra y, como siempre, se me llenaron los ojos de lágrimas: estoy vivo mientras exista yo, estoy vivo mientras existas vos. Siempre pienso en mi mujer. Y voy a estar vivo mientras ella exista. Aunque hoy inicie, como Bowie, el camino hacia la muerte.

27 de abril – *Bound to Die*

Llegué a La Habana ayer, aunque de noche, de modo que recién ahora puedo tener una primera impresión. Me puse a pensar en las ideas que Ponte propone sobre la ciudad bombardeada. Antes de conocer La Habana, esa descripción engendraba en mí elucubraciones teóricas y sofisticadas, pero ahora, después de echar un vistazo, la cosa se vuelve más pedestre: Centro Habana, que es donde vivo, y La Habana Vieja, que caminé un ratito, están, sencillamente, en ruinas. Hay manzanas enteras con las fachadas destruidas por los años, se asoman los hierros oxidados de las vigas, el transeúnte tiene que esquivar escombros y al levantar la vista descubre que muchas de las plantas altas de los edificios (todos tienen dos o tres pisos) están vacías y desmanteladas.

En Argentina llamamos *conventillo* a algo que es todavía más precario que los conventillos de los que habla el tango. Por ejemplo, usamos esa palabra para referirnos a una fábrica tomada y subdividida en espacios habitacionales superpoblados. Bueno, muchos edificios de Centro Habana y La Habana Vieja parecen convertidos en conventillos. Uno se asoma por las puertas abiertas y descubre que hicieron una casa en lo que era el *hall* de recepción o ve un pasillo estrecho y húmedo con ropa colgada en donde se adivinan casas subdivididas unas dentro de otras. Ponte las llama *barbacoas*. Pero lejos de la amena literatura, lo que se ve es pobreza.

Posiblemente este problema habitacional sea responsable de otra de las características de estos barrios: la gente vive en la calle. Está todo el día ahí, vendiendo fruta, comida o bebidas en carros o en quioscos improvisados en las ventanas de las casas, y entre tanta informalidad hay también varios establecimientos tradicionales. Viven a los gritos, lo que hace que la ciudad sea bulliciosa, desbordante de vida. Se pelean, se saludan, se gritan de una esquina a la otra, pasa uno que vende tamales, otro que vende cualquier cosa.

En un momento de la mañana, salí a buscar la casa de José Lezama Lima. Está en el centro del derrumbe, aunque su fachada se mantiene en pie, bastante cuidada, mostrando cómo luciría el barrio si lo hubieran mantenido. Tiene un cartel que dice que ahí vivió el escritor y la señal de que es un museo, pero parecía cerrado. En el año 2000, César Aira también lo visitó. Como cuenta en “En La Habana”, el escritor también pensó que el museo estaba cerrado. Entonces empujó algunas puertas: primero una, y entró a un zaguán, luego otra, e ingresó al museo. Dicho sea de paso, esas puertas que dan a otras puertas y habitaciones que se repiten son muy afines con su literatura, hecha de encastres y mundos que se inscriben en un florero o un plato. Pero hasta donde pude comprobar la descripción es real. Y digo hasta donde pude comprobar, porque no fui más allá. Empujé una de las puertas y vi un zaguán oscuro y abandonado, que parecía meado por todo el barrio al menos desde que Aira visitó el lugar. Pensé que me había equivocado y entré por la puerta de al lado, un calco de la anterior, como dice Aira, que tenía las mismas condiciones, a las que se agregaba una fila de latas de cerveza vacías.

Pensé en volver otro día, ya que tengo tiempo, y preferí caminar por donde caminaba Lezama. En un ensayo que escribí hace mucho reconstruí, con las cartas, las direcciones que visitaba y elaboré un mapa de sus probables recorridos. Ahora lo haría realidad. Así que, siguiendo ese mapa, tomé por Trocadero rumbo al Paseo del Prado, en donde podría descubrir la librería La Victoria, por ejemplo. En los años 40, ese camino tendría sus delicias: Lezama vería el casco antiguo, pasearía entre las fachadas aristocráticas de los edificios, ocupadas por

gente como él, venida a menos. No sé si fue así, pero sí puedo decir que ahora Trocadero es una calle en ruinas. El Paseo del Prado, en cambio, guarda su esplendor: un bulevar imponente de baldosas inmensas, surcado por edificios a los que la decadencia los hace más hermosos.

En todo este trayecto advertí que la gente, al menos en un primer trato, es descortés. En un momento me senté en las escaleras de un edificio que resultó ser el Ministerio de Salud Pública. Vino alguien de atrás (era un policía) y me dijo: “levántese”. Le pregunté qué me había dicho, porque no le entendí en realidad, y repitió: “levántese”. Los policías nunca son amables, pero en este caso podría haber usado una forma más indirecta, enunciando algo parecido a una ley, como: “no puede sentarse en la escalera porque es un edificio público”. Lo que vale para el policía vale para todos los que me topé: no les entiendo lo que dicen, pero siempre lo que dicen es una orden o una negativa.

Para Ponte, La Habana es una ciudad después de una guerra que nunca ocurrió. Podría extenderse eso y decir que esa guerra (la guerra inminente con el imperialismo) ya no ocupa ningún lugar en las reflexiones.

No escuché todavía algo que recordara la épica de la revolución. La clave que domina la partitura de La Habana es más simple y carece de toda moral: es el dinero. Todos venden cosas. Hay gente que viaja a México o a Panamá para comprar cosas para venderlas en el mercado negro. Vienen remesas del exterior que se introducen en el mercado negro. Y el mercado negro se encuentra en Centro Habana, metido capilarmente en su entramado, de modo que lo único que se ve y escucha es gente vendiendo y comprando cosas. El barrio tiene una enorme vitalidad. Y esa vitalidad la proporciona el dinero.

Mientras tanto, las casas se van muriendo de tanto abandono y subdivisión. Como si todo eso nos recordara constantemente la muerte del sueño moderno por excelencia (el socialismo) y el triunfo del capital. Por eso es una ciudad hermosa. Sobre todo para los que vienen a morir.

22 de mayo – *Cyrano de Bergerac*

Llegué de la calle a la noche y R, el dueño de la casa en donde vivo, me dijo que iban a dar *Cyrano de Bergerac*. En realidad no me lo dijo a mí, sino a alguien con quien estaba hablando por teléfono. Todo el tiempo lo hace. Llama a alguien y le dice: “¡Comandante Marcelo!, ¿cómo le va?”. A mí también me lo dice: “¡Comandante Ignacio!, ¿cómo le va?” Me encanta. Al escuchar lo de *Cyrano* le dije: “qué bien” y encendí el televisor, sin cerrar la puerta de mi cuarto, de modo que lo tenía al lado, porque mi cuarto da al comedor, en donde él se instala, desparramado en el sillón, mientras ve primero deportes, después el noticiero y después todas las películas que dan, casi todas norteamericanas recientes, porque los cubanos son despreocupados con los derechos de autor ajenos. Entonces, mientras encendía el televisor, le empecé a contar que había aprendido algunas expresiones cubanas. Le iba a decir que estaba tratando de pronunciar correctamente “¡Caballero!”, con la gracia con la que pronuncian esa expresión, parecida al “¡Hombre!” de los españoles, pero aun con más simpatía. Lo puedo escribir: “¡Cabaiero...! Si usted supiera lo que se pierde”. Me gusta también el uso que hacen del *usted*, es un tratamiento respetuoso,

pero con ironía, como si dijeran: “Le digo usted, pero no se la crea, ambos sabemos que no hablamos en serio”. También tienen una expresión simpática: “Pepillo”, que debe leerse “Pepiio”. “Me veo pepiio”, me veo elegante, bien vestido, resplandeciente. El pepillo diría frente al espejo: “¡Cabaiero! ¡Mire cómo me he arreglado para usted, mi niña!”. Pero R no quería saber nada de mi disertación sobre los modismos cubanos: me dijo: “¡Cierra la puerta!”, mientras mandaba un audio de whatsapp.

Venía de cenar unas masas de cerdo, que son pedazos de cerdo fritos, secos, con el desganado arroz de siempre y las breves verduras que simulan una pequeña ensalada. Luego tomé un mojito en la terraza de *El Nacional*, lugar espléndido que está hecho para James Bond. El mojito es muy malo, con un absurdo gusto a canela, pero barato. Puedo ir a tomar dos o tres mojitos por noche para cargar una parte del alcohol que necesito por día.

Antes había leído desde las 10:00 am a las 19:00 el *Granma*, todo enero y diez días de marzo de 1990. Caída del bloque soviético, disgregación nacional de Yugoslavia y la URSS, fin de la modernidad, de una manera que no refleja la mentirosa expresión “La caída del muro de Berlín”. No se cayó nada, se fue disolviendo el campo socialista y con él la razón de la historia. Cuando en Bulgaria, Hungría, RDA y Checoslovaquia dijeron: “Abandonamos los principios leninistas del centralismo democrático, la dictadura del proletariado y el papel rector del Partido Comunista”, reconocieron también que el marxismo se había equivocado, la sociedad sin clases no iba a llegar porque era el sueño de la razón y ellos fueron los monstruos que la sostuvieron. Entonces la historia no tiene sentido. Es esto en lo que nos encontramos: una pelea de todos contra todos para ver quién amontona más caramelos luego de que alguien hizo estallar la piñata. Solo que no hay padres ni piñata.

Me pregunto ahora por qué el poder soviético sentía admiración y desconfianza hacia el arte, por qué sucede o sucedía lo mismo con el poder cubano. Una posible respuesta se encuentra en *Cyrano de Bergerac*, que cuenta las relaciones del artista con el poder. La película lo plantea con simpleza. El poder necesita del arte para lograr legitimidad entre la población a través de las imágenes. No hay héroe primitivo sin bardo que cante sus hazañas. El conde-duque de Olivares tenía a su servicio a muchos poetas, entre ellos Góngora, para ensalzar su figura y hacer circular difamaciones de sus enemigos. Un político actual necesita de cámaras, fotos, filmaciones y, por supuesto, escritores. Pero las imágenes son peligrosas porque cualquiera las puede torcer y manipular. El arte puede ser una metáfora del que tiene el poder. A nadie se le ocurriría ir hasta Stalin para burlarse de él. Pero la metáfora es peligrosa porque si por una parte resalta y ejerce poder, por la otra nos podemos burlar de ella. Pongamos por caso la foto de Stalin: son ojos que controlan, es una imagen que recuerda quién manda, pero en tanto imagen alguien puede pintarle anteojos o escribirle “Idiota” o ponerle una pinga en la frente. O bien, hacer un meme o una obra de teatro en la que subrepticamente hay una pequeña burla, una herida leve. E incluso puede pasar que el autor realiza una obra seria representada por actores serios, pero el público pone lo suyo, porque al final de cuentas es una obra, una ficción, algo como un juego. Aunque el poder necesita del arte, el arte hace algo complejo porque profana el poder, en el sentido que le da Giorgio Agamben a ese término, es decir, lo coloca en el mundo y permite que la gente lo trate con soltura, lo maltrate y juegue con él. El arte puede celebrar, por eso mismo puede profanar, porque captura una imagen y la pone a circular de una manera libre sin que haya un verdadero dueño de ella. Es propaganda, pero la propaganda es peligrosa.

Al capitalismo actual no le importa nada de eso. El capitalismo se convirtió en obra de arte, objeto a la vez sagrado y profano, y por profanado vuelve a ser sagrado. Vive de ese movimiento, porque vive de lo que los modernistas llamaban lo raro, es decir, de una burla de lo consagrado. No hay mercancía nueva (no hay arte nuevo) que no se pronuncie con irreverencia sobre lo consagrado. ¿Compráramos lo que ya tenemos? No. ¿Leeríamos una obra que confirma lo que está? No. La diferencia es la cantidad de público, la sutileza de la mercancía. Mercancías que son para muchos: un auto eléctrico; mercancías para pocos: *La autopista: the movie*, de [Jorge Enrique] Lage. En el socialismo el poder está en la seriedad de lo mismo; en el capitalismo se encuentra en la posibilidad de profanar lo sagrado, descodificando todo lo que hay a su paso, para levantar pequeños artefactos de poder perecedero. En Cuba el arte todavía genera tensiones: alguien defeca en la bandera cubana y termina preso; en el capitalismo nadie va a la cárcel, porque ningún objeto estético tensiona verdaderamente el poder.

22 de julio – Neptuno

J. me habló ayer a la noche por chat. Quedamos en ir al Palacio de los [Capitanes] Generales, situado en la Plaza de Armas, Habana Vieja. Me levanté con puntualidad a las 8:00, me duché y desayuné. Salí con el tiempo justo para tomar Neptuno y llegar al lugar a las 9:30, que era la hora convenida. Nunca hablé de esta calle, pero una de las grandes ilusiones de mi viaje era conocerla. Escucho a Lezama mencionar ese nombre, todo se transforma en algo misterioso, aristocrático y decadente, sexual y religioso, como si Proust quedara atravesado por los misterios de Claudel. Nada de eso existe en la actualidad. Neptuno es una calle bullanguera muy transitada de Centro Habana. La gente camina desde temprano, toma algo en alguno de los timbiriches precarios que se abren a cada paso, mientras pasan autos, carros americanos, taxis amarillos nuevos, bicitaxis, motos a combustión y eléctricas, personas, gatos, perros; a las 9:00 de la mañana hay gente sentada en las estrechas veredas, por donde no pasan tres personas juntas: escuchan trap a todo lo que da cantando con exactitud la letra.

(Hay una canción de esas que quisiera aprender, con un ritmo y una melodía hermosas, que habla del amor). Neptuno es una calle viva, difícil, horrible y hermosa. Los negocios tienen el aire de lo que deben haber sido los negocios soviéticos, con vidrieras que muestran unas pocas mercaderías, colocadas sin ningún cuidado, con la desidia del que no gana nada poniéndolas bien.

Es como si trataran de mostrar la convicción de que las cosas tienen el valor justo, no hace falta inflar lo que son. Pero eso es en la vidriera, porque cuando uno entra es abordado como en cualquier país latinoamericano, con regateo y oferta, buscando vender. Calle trotada Neptuno. En la intersección con Galiano se ve un lugar que se llama de una manera mágica *Fin de Siglo* y está convenientemente cerrado, o eso parece, porque se trata de un local alto como un cine, pintado de azul, con las letras del nombre en cursiva, debajo una pared blanca en donde hay una puerta que siempre está cerrada. ¿Qué será Fin de Siglo? ¿Qué habrá sido? ¿Cómo se les ocurrió un nombre tan decadentista y por eso tan premonitorio? Más acá o más allá está *La Época*, una tienda gigante que pertenece a otro tiempo. Lezama andaba por ahí, pero no veía este movimiento de urbe tercermundista, hermosa, gritona, llena de gente viviéndola porque

vive de ella. Hay una diagonal o algo por el estilo en donde están estacionados los bicitaxis: ahí llegan los carros de frutas o de aguacates, todos por lo general empujados por negros, que se mueven como si estuvieran dándole cuerda a la ciudad. Este es el verdadero motor de La Habana: las personas ponen los cuerpos para empujar. La ciudad es como un poema de J. o un rompecabezas posestructuralista: no hay un cuadro unificado de ese esfuerzo, unos empujan unos carros de fruta, otros venden café, el de más allá tiene un puesto de refrescos con botellas de distintos colores, aquellos corren de un lado al otro; todos buscan lo suyo, la luchita, el invento, sin un reloj que los coordine o les dé unidad. Esa magia que llamamos *ciudad* brota como una neblina de esos esfuerzos individuales.

Cuando llegó J. fuimos al museo y resulta que estaba cerrado por restauraciones. Entonces decidimos ir a Regla, que queda cruzando la bahía. En el camino me habló de Calvert Casey y me fue mostrando los lugares en los que el escritor vivió o por los que transitó. Congeniamos enseguida. Tomamos el ferry, que siempre quise tomar. Antes de subir tenía en la mente dos imágenes del ferry. La primera es la que da *PM*, cortometraje de 1960 en el que unas personas de Regla bajan a la noche para bailar en bares que pocos años después desaparecieron. La otra, que me contó M., es dramática. En los años 90, una persona secuestró el ferry en el que ahora viajamos con el propósito de salir a mar abierto y marcharse a Miami. Según le entendí, porque todavía me cuesta entender todo lo que dicen los cubanos, la guardia costera interceptó la embarcación y sacaron unas mangueras a presión, similares a las de los bomberos, y la hundieron con todas las personas que estaban dentro. M. me dijo que conocía a un hombre que había participado del operativo. Hace varios años este hombre y ella se habían mudado a Alamar, un reparto al este de La Habana. Habían entrado en un programa que buscaba que se radicaran en aquel lugar artistas e intelectuales, para darle una mayor vida cultural. Este hombre, el que había participado del operativo, no podía dormir, no podía comer, no podía hacer nada sin tomar pastillas. M. no me dijo por qué. Me imagino las razones: todavía escucharía el ruido del agua metiéndose en la embarcación, ahogando los gritos y las personas.

29 de julio – Lavana

Me desperté sin querer en mi última mañana en La Habana y me puse a armar las valijas. Tengo una valija de más que me regaló R., aunque igual estoy sobrecargado y voy a tener que pagar 100 dólares, lo que significa que compré libros de más. Cerca de las 11:00 fui a *Juventud Rebelde* para fotografiar un número de ese diario, de julio de 1989. En ese texto, el gobierno comunica que deja de importar las revistas soviéticas *Sputnik* y *Noticias de Moscú*. Se trataba de publicaciones muy populares en Cuba, la primera una especie de *Reader's digest* soviético que hacía una selección de los diferentes diarios de la URSS. Tras la asunción de Mijail Gorbachov, esas revistas comenzaron a defender con fuerza la *perestroika* y la *glasnost*, es decir, las reformas económicas que, entre otras cosas, conducirían al resurgimiento de la propiedad privada, y las reformas políticas, tendientes a una apertura democrática y una transparencia informativa. A mediados de 1989 se podía percibir a dónde conducía eso: la desaparición del socialismo se presentía con nitidez en Polonia y Hungría, había manifestaciones de los llamados *grupos informales* en la RDA y explotaban las reivindicaciones nacionales dentro de la URSS, especialmente en la zona caucásica y en el báltico. Entonces, el gobierno cubano decidió actuar en consecuencia dando por terminada la importación de aquellas publicaciones. A la distancia,

se trata de una medida que revela un inteligente conocimiento por parte del gobierno de lo que estaba pasando a escala global, pues sencillamente la cosa se estaba desmadrando; pero se trata, a la vez, de una medida inocua, porque el clima ya estaba instalado al menos en las capas intelectuales y en los integrantes activos de la población, quienes sabían perfectamente lo que sucedía. Bueno, me fui por las ramas: sabía todo esto, es parte de lo que estuve estudiando estos meses, pero me faltaba esa noticia puntual: el texto de *Juventud Rebelde* en el que el gobierno dice “no va más”.

Entré al *hall* de la redacción, de grandes dimensiones. Gris, sin *glamour*, demuestra que se trata de un diario que no necesita del brillo porque se sabe poseedor de la verdad. Tanto reflexionar Platón acerca de la belleza: la belleza es la forma o la imagen de la verdad; tanta desconfianza que generó el arte y la poesía, porque la belleza se puede separar, fingiendo que hay dentro una verdad inexistente, para que el socialismo, en sus formulaciones actuales, haya realizado el camino inverso, separando también él la belleza de la verdad, pero quedándose con esa forma gris, despojada, sin belleza alguna, a la que parece mirar con indiferente seguridad. Al costado del *hall* había una mujer detrás de un escritorio chichoneando (los cubanos dirían *choteando*) con un hombre mayor; al fondo, al lado de la puerta por la que tendría que pasar, otra mujer con gesto adusto. Me acerqué a ella para que me confirmara lo que se desprendía de la puerta cerrada del archivo: hoy no trabajan, puedo volver mañana o mejor el lunes.

La redacción de *Juventud Rebelde*, como la de *Granma*, queda detrás de la Biblioteca Nacional. Allí hay ministerios e intuyo que sedes militares, porque es una zona con fuerte presencia de hombres y mujeres uniformadas. El municipio de Plaza de la Revolución, en donde se encuentra todo esto, debe ser un polvorín. Pero a la vez, ahí está la Biblioteca Nacional, así que seguí, por última vez, el camino que me fue habitual los últimos tres meses.

Tomé la Avenida Independencia, casi sin árboles, pasé por una parada de colectivos siempre tumultuosa y luego por la terminal de ómnibus de larga distancia. La avenida es amplia e inclemente, el sol pega en el cuerpo y el cemento, produciendo un calor abrasador. Se me empezó a remover algo en mi interior. Doblé como siempre por una callecita hermosa que se llama Masón, que va haciendo una curva, y luego fui hasta Zapata. Comí una *baguette* con jugo en el bar de siempre y me empecé a emocionar. Seguí por Masón, pero mejor lo cuento en presente, para que no se vaya nunca más. Cruzó la breve plaza Mella, enfrente las escalinatas de la Universidad. Doblo por San Lázaro y miro el edificio en donde vive J., a unos pasos aparece Locos x Cuba, en donde cené casi todas las noches, casi siempre lo mismo: puntas salteadas y cerveza. La Habana se transforma en mi ciudad cuando llego a Infanta, en donde me pongo a cantar *Piropo*, de Jaime Ross.

La Habana: ciudad difícil, desigual y maltratadora, ahí todo se derrumba a los gritos. Ciudad con gente que empuja carros de frutas mientras ofrece lo que tiene, porque todas las personas que caminan por la ciudad empujan algo, un carro aunque sea. Las calles están llenas de huecos por donde uno se puede caer y morir. Cuando llegué a la casa de R. había en la esquina un hueco enorme de casi un metro de profundidad, una tumba en medio del asfalto a la espera de algún distraído; ahora que me estoy por ir ampliaron ese pozo para que cubra toda la calle y por las dudas abrieron dos más a mitad de cuadra. Afortunadamente los huecos están incorporados en los cerebros de los tomadores de ron y los que piensan cualquier cosa, de modo que nadie murió desde que estoy acá.

Ayer fuimos con J. a La Víbora y pasamos por la Calzada de Jesús del Monte. Es una iglesia a la que Eliseo Diego le dedicó uno de los libros de poesía más famosos de La Habana. J. hablaba y coincidimos en admirar a Eliseo Diego. Recuerdo un texto de Lezama, "Un día en el ceremonial", en el que habla de Orígenes, pero pronto se transforma en un ensayo sobre Eliseo Diego, porque cuenta que todos se deslumbraron cuando leyó *En la Calzada de Jesús del Monte* en una de las reuniones que hacían en la iglesia del padre Gaztelu, lo que revela la admiración que tenía Lezama por él. Subimos la pequeña loma en donde está la iglesia y descubrimos el pasto crecido por todos lados con esa violencia tropical que rompe las veredas. El camino está lleno de ofrendas yorubas o de variaciones de esa religión; la Iglesia es hermosa pero está en ruinas, como casi todo en La Habana, y más en La Víbora, barrio detrás de La Habana Vieja, formado por casonas coloniales desvencijadas. La gente saca algunas sillas o se sienta en el *hall*, detrás de las columnas majestuosas, tomando algo mientras charlan un rato, sin dinero y con despreocupación, como si los días vinieran solos.

La Habana se estira como un animal averiado. ¿Cómo voy a irme de acá? ¿Cómo hago? Paramos en las plazas, el pasto largo y los bancos y canteros desvencijados, para comer mamoncillos, una fruta pequeña, de cáscara dura; tiene un sabor parecido a la uva blanca, de consistencia cremosa y una semilla demasiado grande, que hace que uno quiera siempre otro más. En las plazas de La Víbora no cortan el pasto ni arreglan nada, pero la gente charla, come o duerme bajo la sombra de los árboles, porque la sombra en La Habana es más fresca que en cualquier otro lugar, la temperatura baja bien, como si el calor brotara solamente del sol. Charlamos con J. de las cosas que nos quedan por charlar. La Habana está rota, es ingrata, pero es hermosa porque están Omar, Niurka, J., Basilia, César, Lisandra, R., M.; exiliados en Cojímar, pero es como decir acá no más, están Ahmel, Cirenaica y Víctor.

No digo esto porque sean mis amigos o conocidos, sino porque de entre tanto escombros surgieron ellos y lo que hacen y escriben. La Habana es el ruido hermoso de Neptuno que se desliza sobre lo que está averiado, es la ciudad que se crea como un aura sobre los cuerpos que empujan las cosas. ¿Cómo voy a irme de acá? Me voy a convertir en un fantasma sin ciudad. ¿Uno se puede ir de los lugares? Te odié al principio. ¿Cómo me voy a ir? Pero al final llegó el taxi, abracé a J. y me fui

25 de noviembre – Los ruidos que quedan

Ahora hace tiempo que dejé La Habana y hace unos días murió Pablo Milanés. Iván de la Nuez escribió algo agudo, como siempre: De la Nuez dice que Milanés libró en sus canciones una batalla contra el tiempo. Al escucharlo compruebo lo exacto de esa afirmación. De la Nuez dice que el tiempo, para Milanés, "solo deja huellas tristes". Es un compositor nostálgico, como La Habana visible, La Habana habitada y La Habana que me tocó dejar atrás.

Al principio de este texto escribí que hay teorías sobre la voz que la vuelven muy extraña y otras que piensan la relación para nosotros más cercana entre el territorio propio, la voz y el sonido. En mi viaje empecé escuchando sonidos que eran ruido y luego se transformaron en huellas (melodiosas y ruidosas) de las que ya no me puedo desprender. Son huellas sonoras, pero

también visuales y afectivas, de esas de las que se habrá ocupado Pablo Milanés. Y entonces se comprueba lo que dice Lacan: la voz viene de afuera y se pliega en nuestro interior. Como el niño que se va a dormir hablando con los ecos de las personas que escuchó durante el día, ahora, un ahora interminable, que no termina ni se diluye, converso con los sonidos de La Habana. Y no se van a ir jamás.

Bibliografía

Aira, César. *Sobre el arte contemporáneo—En La Habana*. Random House, 2016.

Barthes, Roland. “El acto de escuchar”. *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Paidós, 1986, pp. 243-56.

Lacan, Jacques. *El seminario 10. La angustia*. Paidós, 2015.

Lezama Lima, José. “Sucesiva o las coordenadas habaneras”. *Obras completas*, t. 2. Aguilar, 1977, pp. 597-699.